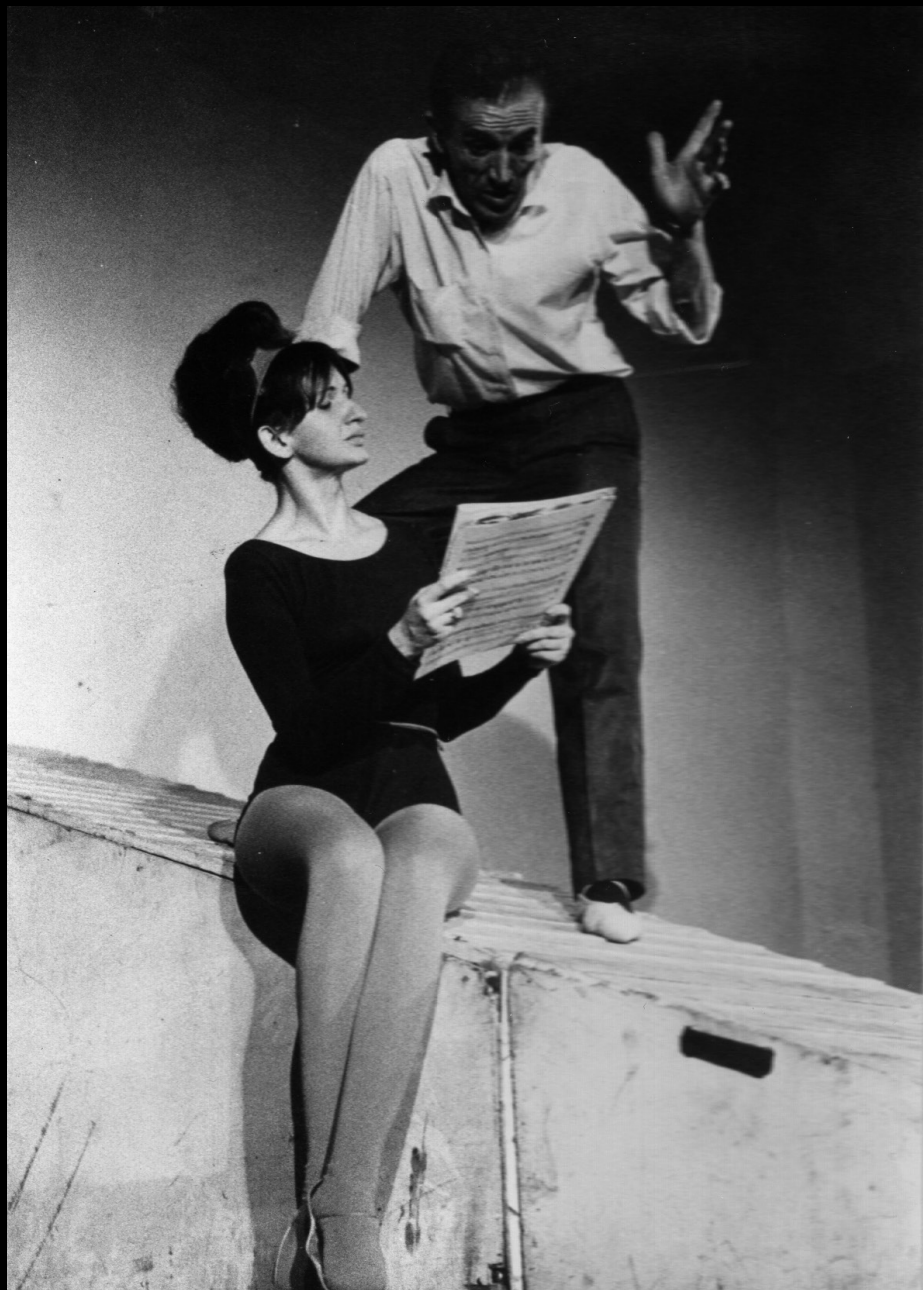


En la fotografía: Brinati y Luz Stella Rey en el Teatro Municipal, preparando una función / Archivo Luz Stella Rey.



LOS PRIMEROS PASOS DEL BALLET DE BELLAS ARTES DE CALI

(Sandro Romero Rey¹ entrevista a Luz Stella Rey de Romero²)

1Sandro Romero Rey: (Cali, 1959). Se formó como actor en la Escuela Departamental de Teatro del Instituto de Bellas Artes de Cali. Realizó sus estudios de post-grado en la Universidad de París VIII y es candidato a doctorado por la Universidad de Barcelona. A lo largo de su vida, ha combinado su labor en el mundo de la escena (como dramaturgo y director) con la escritura, el periodismo cultural y la realización para radio, cine y televisión. Se destacan sus montajes (*El mar, Pharmakon, A solas, Electra...*), sus publicaciones (*Oraciones a una película virgen, El miedo a la oscuridad, Andrés Caicedo o la muerte sin sosiego...*), sus textos para la escena (*El purgatorio de Margarita Laverde, Nuestra Señora de los Remedios...*) o sus trabajos para el cine (*Sonido bestial*). Es colaborador permanente de distintas publicaciones nacionales, como comentarista del mundo del arte y la cultura.

2Luz Stella Rey: Nació en Cali. Profesora y coreógrafa de ballet y danza contemporánea. Asistente de Giovanni Brinati en el Ballet de Bellas Artes entre 1963 y 1968. Jefe de la División de Cultura de la Secretaría de Educación de la Alcaldía de Cali. Directora del Teatro Municipal de Cali. Directora de la Feria de Cali. En 1990 se traslada a Bogotá, donde es Subdirectora de Artes Escénicas y Musicales, directora del Teatro “Jorge Eliécer Gaitán” y, finalmente, directora del Teatro Colón (1992-2001). A lo largo de su vida se ha destacado por su labor docente, su trabajo como periodista cultural y su permanente actividad como gestora del mundo del arte. En la actualidad, continúa su producción como ceramista, actividad que desarrolla desde los años setenta.

(Casi) Todo sobre mi madre

El lector perdonará, pero las líneas que siguen estarán garrapateadas en primera persona. Y la primera persona, es decir, yo, el que escribe, no sólo hablará de sí mismo, sino que lo hará con su madre, con su mamá, con su progenitora, doña Luz Stella Rey de Romero. Mi madre nació un 5 de julio. Yo nací un 6 de julio de 1959. En Cali, en los años 60, había un juego de apuestas para seguir las competencias del desaparecido Hipódromo de Techo en Bogotá, cuyo nombre, el del juego, era “el 5 y 6”. Alguna vez mi papá se ganó unos ínfimos pesos apostando a sus números familiares. Al haber nacido madre e hijo el 5 y el 6, bajo el signo de Cáncer, pareciese que los dos fuésemos como dos gotas de agua pero no ha sido así. Desde que tengo uso de razón he tratado con doña Luz (así la llamo, cariñosamente, antes de decirle *mamá...*) de encontrar los puntos de convergencia entre los dos. No ha sido posible. Ella fue bailarina de ballet, yo fui actor de teatro. Ella se dedicó a la gestión cultural, yo a la dirección y a la escritura. Ella es hiperactiva, yo soy contemplativo. A ella le gusta la polémica, yo prefiero mirar los toros desde la barrera. De todas maneras (y que sirvan estas líneas para manifestarlo, así sea un poco tarde) siempre he admirado de mi madre su entrega incondicional al mundo del Arte, con mayúsculas. Si algo he heredado de su impronta, no ha sido la capacidad de enfrentarme contra los molinos de viento o a aprender a copiar el orden inmarcesible

de su mesita de noche. La herencia directa de mi madre (y de mi padre, el desaparecido pintor y educador don Daniel Romero Lozano) ha sido, es, seguirá siendo, el amor a toda prueba por la música, la pintura, la arquitectura, el teatro, la literatura, el cine y, cómo no, la danza. Desde mi primerísima infancia, recuerdo los sonidos de un viejo tocadiscos que repetía las obras maestras de la música clásica. Mi padre pintaba en su cabellete de madera y mi mamá iba y venía con sus mallas de ballet. Sí. De ballet. El ballet es una actividad que aprendí a amar gracias a doña Luz, tanto, que en algún momento llegué a pensar que nada podía superar en sensibilidad extrema a las emociones que un grupo de bailarines generaba sobre un escenario. Nunca bailé por mi extrema timidez infantil. Pero sí acompañé a mi mamá en todas sus jornadas como profesora y como coreógrafa desde que tengo memoria, hasta que la vida la convirtió en gestora cultural y el ballet y la danza pasaron al territorio de las butacas.

Los años pasaron, los siglos, los milenios siguieron su curso. Y la historia de los orígenes del ballet en Cali parecía perderse para siempre. Nunca he leído una crónica completa de lo que sucedió con la historia de la danza en mi ciudad. Hace algún tiempo, me pidieron un artículo para una publicación del Ministerio de Cultura de Colombia denominada: ***Programa de mano. Coreografías colombianas que hicieron historia*** (Alambique, Mincultura e Idartes, 2012).



En la fotografía: Janet de Barreto / Amanda Rivera / Mario Caicedo.

Escribí gustoso un artículo sobre el ya legendario Barrio-Ballet del Instituto Colombiano de Ballet (Incolballet) que tanto marcaría a la generación de los ochenta en Cali. Me gustó mucho el ejercicio de evocar uno de los trabajos emblemáticos de la danza en nuestro país pero, al mismo tiempo, se me encendieron las alarmas. Para las nuevas generaciones, pareciera que la historia del ballet en Cali hubiese comenzado con el in-

menso aporte de Gloria Castro desde que llegó a las instalaciones del barrio Centenario. ¿Y todo lo que había sucedido antes? Todas esas maravillosas coreografías del inolvidable Giovanni Brinati, los insomnios y las batallas descomunales de doña Luz Stella Rey de Romero para sacar adelante el cuerpo de baile, ¿quedarían sepultadas en el olvido para siempre? No sabía cómo recuperar esos pasos. Los había leído una y otra vez en el

muy organizado archivo de mi madre, lo había vivido en mi infancia y retenía en mi memoria los nombres de los bailarines, de Amanda Rivera, de Adolfo Mejía, de Dora Gutiérrez, de Cristina Correa, de Herney Reyna, de Francia Helena Orozco, en fin, de todos sus protagonistas, como si ellos hubiesen sido mis hermanos mayores. Viví esa gesta desde mi infancia, como viví la evolución de la Escuela de Teatro de Bellas Artes, las míticas representaciones del TEC en los festivales de los años sesenta, bajo la eufórica gestación de Pedro Martínez y Fanny Mikey. Sí. Lo había vivido desde los corrales de la niñez, pero había que darle un orden, establecer unos signos de complicidad con la historia, antes de que fuese demasiado tarde, ahora que los vientos farragosos del olvido se encargan de construir el pasado según los ritmos del que grite más, del que tenga más recursos, del que se monte de primero en la carreta del destino. No había mucho tiempo. La prehistoria del ballet en Cali estaba por perderse. Entonces tomé la decisión y decidí entrevistar a doña Luz.

¿Cuándo comenzó su interés por el baile? Ella no lo recuerda. Tiene imágenes, desde muy niña, bailoteando los valeses de Strauss por su casa caleña, alrededor de sus padres y de sus hermanos, a quienes no les interesaba de manera especial lo que sucedía en la curiosa cabeza de la pequeña Luz Stella. Oía música clásica por la radio, entre noticia y noticia de la Segunda Guerra Mundial y de vez en cuando veía inocentes veladas

dancísticas en las clausuras de los colegios locales. Hasta que un pariente bogotano comenzó a orientarla en el conocimiento de los grandes compositores, a través de las emisiones de la Radio Nacional de Colombia donde terminaría siendo el cerebro gris, sin que ella lo supiera, su futuro cuñado, el director de teatro y televisión Bernardo Romero Lozano. En esa época, gracias al padre Tessari, un entusiasta profesor italiano de la Escuela Normal de Señoritas donde mi madre estaba interna, el Arte comenzó a ocupar el primer lugar en los intereses de muchas de las estudiantes. Según mi madre, ella logró convencer a las directivas del centro de estudios para que las dejaran asistir a los conciertos donde el maestro Antonio María Valencia, en sus últimos años de esplendor, daba sus conciertos, tanto como solista del piano, como director de la orquesta.

No perdamos el rumbo. En Cali, la señora Gladys de Irigorri tenía una pequeña academia de ballet, pero las condiciones económicas de los Rey Córdoba no permitían que Luz Stella entrara a sus claustros. Existía, sin embargo, la profesora Cecilia Guzmán (una sicóloga que, por esas curiosidades surrealistas de la cultura en Cali, había estudiado ballet en algún lugar del universo) quien la inició en el aprendizaje de la danza clásica y Ligia Peraza encargada de guiarla por los primeros caminos de la danza moderna. Porque la terca adolescente había decidido comprender los misterios del placer de bailar.



En la fotografía: Silvana Subelli y Gloria Lesco. Archivo Luz Estrela Rey.

Pero no se trataba de los bailes populares de moda que Luz Stella juraba desconocer (el amor por el folklóre vendría algunos años más tarde). A ella le interesaba el misterio del ballet, de las formas extremas de la belleza las cuales, por una extraña atracción, terminaron convirtiéndose en su obsesión definitiva. Hasta que, en 1953 (según Incolballet, la Escuela de Danza de Bellas Artes de Cali fue fundada en 1950, por el músico Antonio María Benavides), mi madre supo que se había abierto la Escuela de Ballet en Bellas Artes (lo que antes se conocía simplemente como “El Conservatorio”, fundado por el Maestro Antonio María Valencia y concebido como el epicentro para la formación cultural de los caleños apasionados por las altas formas estéticas).

Silvana Subelli, una profesora italiana, lideraba las clases. La joven Luz Stella le insistió a mi abuelo para que la dejara inscribir en la Escuela de Ballet. Don Emiliano Rey Barbosa, a regañadientes, la llevó de la mano al Conservatorio. El viejo Nano no podía entender por qué la tercera de sus hijas Rey Córdoba se había empecinado en una actividad que todavía no había sido inventada en Colombia, mucho menos en Cali. Tras varias temporadas de espontánea formación con las profesoras ocasionales que había en la ciudad, doña Luz entró a educarse como bailarina, en uno de los primeros grupos de estudiantes de la institución, formado por las hermanas Helena y Pilar Ospina, Gloria Lesco, Cecilia Espinosa, entre otras entusiastas alumnas de la utopía dancística en la capital del Valle.

Silvana Subelli había llegado a Cali porque su esposo fue trasladado a la ciudad. El Conservatorio fundado por Antonio María Valencia sólo contaba con los estudios musicales y había ampliado su paleta a la Escuela de Artes Plásticas en la que se formó mi padre. Durante los años en los que la italiana estuvo en la Escuela de Ballet, se combinaron las clases de formación básica con las presentaciones en público. Siempre he guardado con una mezcla de curiosidad y cariño esas lejanas fotos en las que la joven Luz Stella Rey, en tutú corto y zapatillas de punta, interpreta unos *pas de quatre* que, hoy por hoy, parecen de una época en la que la vida sólo se vivía en blanco y negro. Cuando Bellas Artes fue dirigido por Elvira Garcés de Hannaford, se consolidó la Escuela de Ballet y se contrató a una profesora que venía del Covent Garden londinense, llamada Polly Simpson. Según doña Luz, la maestra inglesa no sabía español.

Así que la directora general de Bellas Artes, doña Elvira Garcés, se sentaba a la hora de las clases para traducirles a las alumnas. Mrs. Simpson no estuvo mucho tiempo en Cali. Pero rápidamente llegaría la francesa Peggy Boucher a remplazarla. Luz Stella fue muy bien valorada por la nueva maestra, por su figura delgada, de largas piernas firmes. Pero el amor ya había golpeado el corazón de mi madre y terminaría casándose con don Daniel en 1958. Dos meses después de saberse el embarazo del futuro Sandro, mi mamá se retiró temporalmente

de la Escuela de Ballet. Tal era su pasión por la danza, que en algún momento llegó a pensar que el nombre de su primogénito debería ser Vatzlav, como Nijinski. Pero finalmente ganó la fascinación pictórica de la pareja Romero Rey y el homenajeadó no fue el bailarín ruso sino el pintor renacentista Sandro Botticelli. Mientras esto sucedía, llegó a Cali el coreógrafo y bailarín italiano Giovanni Brinati. Acompañado del gran bailarín Ugo dell'Ara (futura gran figura de la escena italiana, quien había bailado en espectáculos dirigidos por el realizador de cine Luchino Visconti) venía del sur del continente americano, luego de una gira por Argentina. Brinati había abandonado la compañía que lo trajo al Nuevo Mundo y quería probar fortuna por nuevos lugares, puesto que le interesaba sobremanera la investigación de las desconocidas estéticas suramericanas. Tras un tiempo en Bolivia, donde intentó construir su destino, Brinati terminaría llegando a Cali, porque se enteró de que allí había una Escuela de Ballet. Pero no sería la Escuela de Ballet la que lo acogiese sino la Escuela de Teatro, donde se imponía el talento del dramaturgo, actor y director Enrique Buenaventura. Así que, si se revisan los programas de mano de la época, en el mítico montaje de *Edipo rey* de Sófocles (que sería presentado en las escalinatas del Capitolio Nacional de Bogotá en 1959) allí figura el nombre del coreógrafo italiano, acompañado de un grupo de bailarinas de la Escuela de Ballet. Giovanni Brinati había llegado a Cali en 1956.

La danza inconclusa

A comienzos de los años cincuenta, la Escuela de Ballet de Bellas Artes tenía un pequeño programa de estudios y combinaba las clases con algunas coreografías que se realizaban episódicamente. Pero las presentaciones a público no se hacían de manera regular: mientras Silvana Subelli realizó distintos trabajos para ser presentados al público, Peggy Boucher se concentró, años después, en las clases y en la organización de la escuela. Una de las compañeras de Luz Stella Rey fue la joven Cecilia Espinosa, hija del maestro Jesús María Espinosa, profesor de la Escuela de Artes Plásticas. Cecilia combinaba su formación dancística (a la llegada de Brinati fue bailarina solista de *La siesta de un fauno*, entre otros) con el trabajo teatral y participó en algunos de los montajes realizados por Enrique Buenaventura. Ella nos ha ayudado a recuperar ese momento de la historia del ballet en Cali, cuando mi madre se retiró temporalmente, para que yo naciera. Cuando Peggy Boucher tuvo que regresar a Francia por las obligaciones profesionales de su esposo, Brinati fue nombrado director de la Escuela.

Comenzaba la década del sesenta y el edificio de Bellas Artes en el barrio Centenario, al frente del desaparecido Club de Tenis, se iba consolidando como el epicentro de la cultura local. Por aquellos días, otra profesora particular de ballet se destacaba en Cali: la Maestra argentina Clotilde Freire,

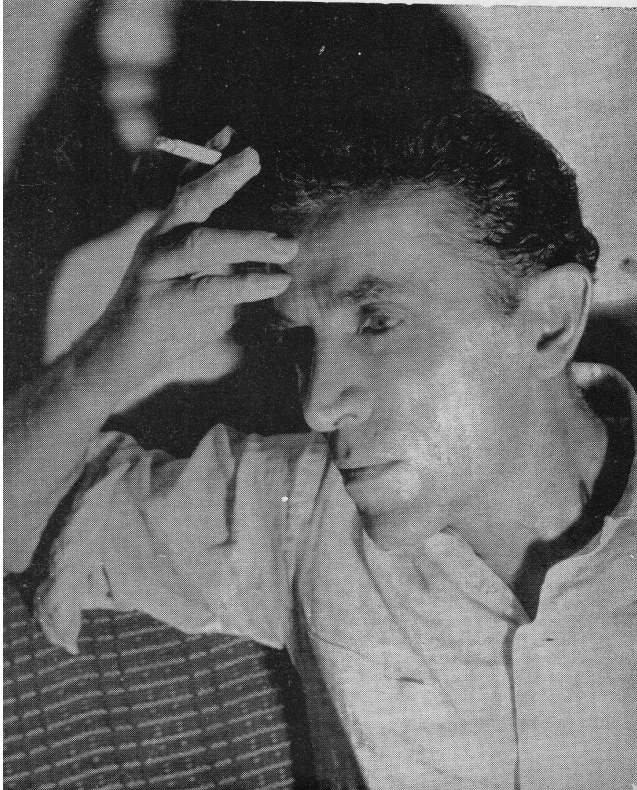
Teatro "Los Fundadores"

GRAN TEMPORADA
DE
INAUGURACION

OCTUBRE 1.965

Lunes 25 de Octubre 9 y 15 p. m.

BALLET DE BELLAS ARTES DE CALI

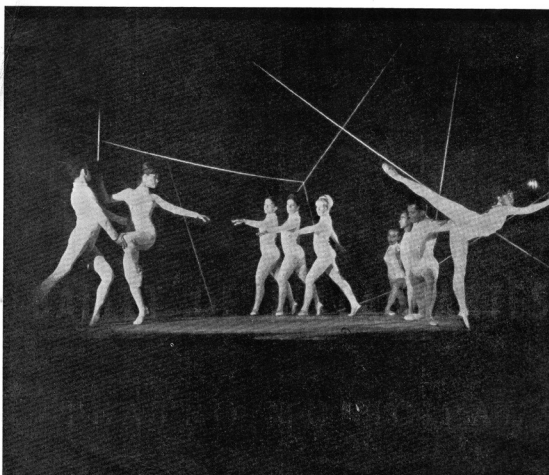


Programa Inauguración Teatro Fundadores.

BALLET DE BELLAS ARTES

TEATRO MUNICIPAL

SABADO 17 DE DICIEMBRE 9:15 P. M.

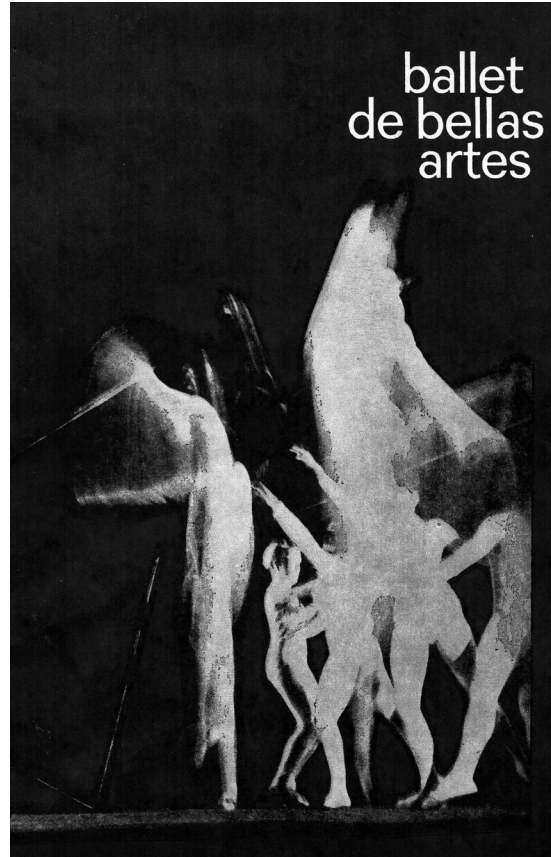


quien había formado jóvenes y talentosas bailarinas como las hermanas Chela y Gloria Castro, la futura “estrella” Amanda Rivera, entre otras. Ella y su grupo de alumnas engrosaron las filas de la Escuela de Ballet y terminarían ampliando el espectro de la misma. Cuando comenzaron los ya legendarios festivales de arte, despuntando la década prodigiosa, la colaboración entre los artistas inmersos en Bellas Artes sería cada vez más estrecha.

Cecilia Espinosa no sólo lideraría distintos procesos de la Escuela de Danza, sino que actuaría y bailaría en los montajes teatrales de la Escuela de Enrique Buenaventura. De igual forma, los pintores de la época serían los encargados de las escenografías y de los vestuarios en algunos trabajos de ambas escuelas escénicas. De todo este proceso, queda como herencia el mural que realizase el maestro Hernando Tejada en el salón principal de la Escuela de Ballet, en el primer piso del edificio de Bellas Artes.

Cuando Cecilia Espinosa se casó en 1961, Luz Stella Rey fue nombrada madrina de su matrimonio. El día de la fiesta, mi madre conoció a Brinati. Ese día estaba recién llegado de Francia el maestro Luis Carlos Figueroa (uno de los destacados discípulos del desaparecido Antonio María Valencia) quien, algunos años después, sería el director del Conservatorio de Música. Una semana después, un domingo de grandes decisiones, mientras mi papá pintaba y mi mamá se encarga de los hijos (ya había nacido mi hermana que se llamaba, cómo no, Tatiana) y de cambiar los acetatos de música clásica, sonó el teléfono. Era Brinati. Quería pasar a saludar a mis padres y a conversar un poco con ellos. Ambos aceptaron gustosos. Ese diciembre acababa de concluir con un éxito extraordinario el llamado “Ballet de Colombia” que el maestro italiano había coreografiado, con el apoyo escenográfico del argentino Roberto Arcelux (una de las “nuevas contrataciones” de la Escuela de

Teatro, ahora conocida como el TEC, Teatro Escuela de Cali), y la organización logística y musical del maestro Santiago Velasco Llanos. Un año antes había llegado a la ciudad el Ballet de México y, en vista del éxito obtenido, optaron por construir un espectáculo similar para la entonces llamada “Feria de la Caña de Azúcar”. El resultado, según los recuerdos de mi madre, había sido extraordinario. Con el apoyo del especialista Hernando Carrillo en los ritmos folklóricos, Brinati se había consolidado como un coreógrafo y gestor de inmenso talento, gracias a su colaboración en ese espectáculo memorable. Así que para Luz Stella fue, a no dudarlo, un honor que el maestro italiano le propusiese ser su asistente en la Escuela de Ballet. Los compromisos del italiano estaban creciendo, el Ballet de Colombia era un éxito y necesitaba dejar a una persona responsable, guiando los destinos y la organización de la Escuela. La propuesta le llegó como anillo al dedo al matrimonio Romero Rey, porque la situación económica no era la mejor. Además, mi madre había sido testigo del amplio reconocimiento que Brinati tenía como artista en la ciudad (según su testimonio, la gente se aglomeraba en las taquillas del Teatro Municipal tratando de conseguir boletas para sus espectáculos), y ser la asistente del coreógrafo más importante que había llegado a Cali hasta el momento era poco más que un aplauso. Se trataba de una oportunidad privilegiada para regresar al ballet con un maestro de sobrado prestigio. Por otro lado, mi papá se ganaba la vida como profesor de un colegio



Carátula revista grupo profesional de Ballet con repertorios de las obras / Diseño Carlos Duque.

y del Instituto Popular de Cultura. Como doña Luz había pasado de un hijo a otro, no había podido continuar devengando un salario y la situación de la familia era complicada. Así que la oferta de Brinati (¡1.000 pesos mensuales!, frente a los ¡320 pesos! que ganaba don Daniel en el IPC.), era difícil de rechazar. Al día siguiente, lunes, Luz Stella ya estaba nombrada. Mi mamá se posesionó en la oficina del director de Bellas Artes de la época, don Néstor Sanclemente.



En la fotografía: Cecilia Espinosa y Hernando Tejada. La siesta de un fauno. Archivo Cecilia Espinosa.

Dos días después de que mi madre entrara a la Escuela de Ballet como asistente, la joven Gloria Castro fue a despedirse del Maestro Brinati, porque se iba a estudiar a Italia. La joven Luz Stella entró a Bellas Artes y se propuso ser la auténtica mano derecha en todo el trabajo que venía adelantando el director italiano, tanto como profesor de la Escuela, como coreógrafo de distintos espectáculos. Si se revisa la revista publicada en 1967, llamada *Ballet de Bellas Artes* (con diseño del joven publicista Carlos Duque y fotografías del entonces reportero Fernell Franco), allí, en una separata, se registran veintiocho mon-

tajes realizados por Brinati (entre los que se destacan: *Sueños en un bosque de Viena*, *Coppélia*, *Impresiones en Jazz*, *Composición abstracta*, *Microcosmos*, *La comedia y la tragedia*, entre muchos otros), junto a “tres obras de teatro con ballet”: *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, con música de Mendelssohn; *Edipo Rey*, de Sófocles, con música de Roberto Pineda Duque y *Electra*, con música de Carl Orff. Según cuenta mi madre (y le creo, porque la conozco), su entrada a la Escuela de Ballet le dio el orden que la institución necesitaba. Antes de su arribo, los espectáculos de Brinati tenían la curiosa



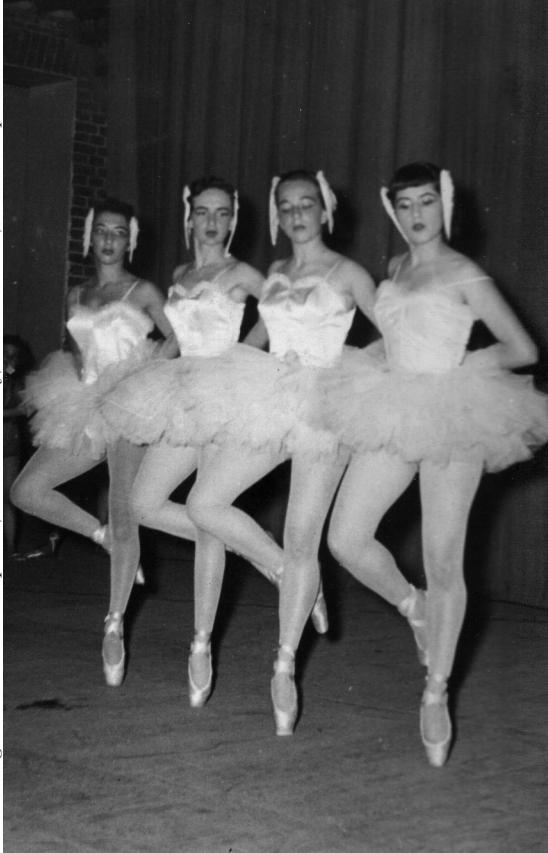
En la fotografía: Salón 108 Giovanni Brinati con estudiantes de teatro, da indicaciones a Gloria Castro, se distingue a Fanny Mikey.

constante de que nunca empezaban a tiempo porque, hasta última hora, había que estar resolviendo problemas técnicos. Mi mamá recuerda el día del estreno de *Mozartiana*, el primer espectáculo en el que colaboró, sentada con el italiano en el restaurante “Los turcos”, a unos cuantos pasos del desaparecido Teatro Bolívar, a las tres de la tarde, sorprendiendo a Brinati porque ya todo estaba listo para el estreno. En aquellos días, los espectáculos se presentaban primero en el Teatro Municipal, luego en el Gimnasio Evangelista Mora y finalmente en el Teatro al aire libre Los Cristales.

Muy pronto mi mamá suplió la interrupción de su experiencia como bailarina con la organización del ballet. A pesar de la insistencia de Brinati para que ella se volviera a subir a un escenario, Luz Stella prefirió trabajar en la trasescena para no poner en

crisis su matrimonio (mi papá, lo supe después, era un hombre celoso; pero eso será parte de otra historia). Entre 1963 y 1968, mi mamá sería la colaboradora imprescindible de Giovanni Brinati. Mi papá entraría como profesor de pintura en la Escuela de Artes Plásticas (años después, sería director de la Escuela y, entre 1973 y 1975, sería director general de Bellas Artes). Durante esos años, Luz Stella se propuso organizar el Ballet como un grupo estable y le pidió el apoyo a la diputada Regina Chamat de Abadía, para que los bailarines pudiesen tener cierta estabilidad. Hasta ese momento, con tal de que el grupo no se le dispersara, Brinati repartía las ocasionales ganancias con todos sus intérpretes. Sin embargo, en algún momento, el coreógrafo Hernando Monroy, director del Ballet Grancolombiano, viajó a Cali y convenció a buena parte del cuerpo de baile para que se fueran con

En la fotografía: Gloria Villaquirán, Luz Stella Rey, Diana Grossi, Cecilia Espinosa.



él para Europa. La crisis estalló porque algunos bailarines que trabajaban con Brinati se dejaron tentar por el canto de las sirenas internacionales y se fueron de un momento a otro. La organización del Ballet de Bellas Artes se hacía cada vez más necesaria. Si se revisan los artículos de prensa que descansan en los archivos de mi madre, ya desde 1964 la periodista Alegre Levy, en un artículo titulado “El ritmo preside en nuestro mundo” (diario “Occidente”, 15 de marzo de 1964)

da cuenta de “cómo se inició el Ballet de Bellas Artes”. Es decir, ya desde esa época se consideraba la institución como una entidad representativa y “un orgullo para Cali” por todo lo que significaba para la escena local. De igual manera, el diario “El Tiempo”, a través de la periodista Athala Morris, en su edición del 4 de mayo de 1967, reconocía en un destacado titular de su sección cultural, que el “Primer grupo profesional de ballet, es el de Cali”). En ese artículo se anuncia: “Con la aprobación de un Acuerdo, sus integrantes pasaron a ser empleados oficiales, con sueldo y prestaciones. Una gran labor adelantada durante siete años por el director y coreógrafo Giovanni Brinati”. En uno de los pies de foto, se comenta: “Diez artistas integran el Ballet de Teatro de Cámara y un total de veinticuatro el Ballet de Bellas Artes de Cali, primer grupo profesional del país”. Dos imágenes apoyan el artículo: una foto de una de sus coreografías emblemáticas y otra en la que se ve a Brinati, junto a mi mamá, ésta última en malla, trusa y zapatillas de media punta.

A lo largo de los años, doña Luz Stella Rey de Romero logró combinar sus obligaciones (y conflictos) hogareños con la consolidación de la Escuela y, posteriormente, con la compañía estable. Ella recuerda que, cuando comenzó, no había ni siquiera una máquina de escribir ni un teléfono (había que salir en malla corriendo hasta la oficina de la dirección para contestar una llamada). Mi madre se entregó en cuerpo y alma a la



En la fotografía: Adolfo Mejía, Amanda Rivera, Herney Reyna.

organización del Ballet y, de alguna manera, a proteger la imagen de Brinati, por quien sentía una admiración y un respeto a toda prueba. De esta manera, el Ballet de Bellas Artes tuvo una transformación radical. De ser un grupo conformado por algunos miembros de la Escuela, a quien Brinati llamaba para sus necesidades coreográficas, el grupo se convirtió en una entidad estable que trabajaba durante todo el día (clases en la mañana, ensayos en la tarde y en la noche), para la creación de los espectáculos. Había entonces un grupo de planta (Amanda Rivera, Francia Helena Orozco, Gloria Paz, Cristina Correa, Pilar Méndez, Herney Reyna, Eduardo Usman, Gabriel Montilla, Julio Butrón, Mario Caicedo, Orlando Beltrán, Adolfo Mejía, entre otros), y un refuerzo

con los estudiantes destacados de la Escuela de Ballet. Aunque el grupo se convirtió en una compañía estable en 1967, desde muchos años atrás la presencia y la importancia de Giovanni Brinati en la escena dancística nacional era incuestionable. Sólo por citar un ejemplo memorable: en 1965, el Ballet de Bellas Artes de Cali fue invitado a inaugurar el Teatro “Los Fundadores”, de Manizales, el más importante por capacidad e infraestructura en el país. Porque “el ballet de Brinati” era, a todas luces, el grupo dancístico más importante en su momento, en Colombia.

Siendo aún niño, de esa época tengo recuerdos imborrables: ver a Brinati diseñando las luces junto al técnico del Teatro Municipal, el Maestro Arboleda (en esa época

no había ni siquiera *dimmers*: los “efectos” se hacían simplemente prendiendo y apagando tarros, candilejas, “diablas” y reflectores con *switches* en un tablero metálico). Recuerdo la inmensa y pesada grabadora de carretes que mi madre compró, ‘de segunda’, a la familia Aristizábal. Me encantaba la vida cotidiana del ballet: la llegada del señor Mejía, encargado de la fabricación de las zapatillas; doña Lilia de Agudelo, que cosía los vestuarios; los chistes eternos del actor Iván Montoya, que se encargaba de la utilería; la callada presencia de Fernell Franco y su cámara fotográfica; las travesuras de Hernando Tejada y sus inmensos diseños escenográficos; las jornadas nocturnas, durmiendo en el sillón de la sala de ballet o en las butacas de la luneta del Teatro Municipal... todo este paisaje de la creación me fascinó de manera definitiva y, seguramente, influyó en 1969, cuando yo tenía diez años, para entrar al naciente Departamento de Teatro Infantil que había fundado la inolvidable Ana Ruth Velasco, “Ruquita”. Pero esa también es otra historia.

En 1968, la presencia de mi mamá en el Ballet de Bellas Artes se interrumpió, por razones personales. Brinati continuó durante un tiempo al frente de la institución y, poco tiempo después, “regresa a su país natal, un tanto cansado y decepcionado del subdesarrollo cultural de nuestro medio”, según informa Incolballet en su muro de Facebook. La historia de Giovanni Brinati es un fascinante misterio: regresó a Cali cuando la bailarina Gloria Castro comenzó sus actividades como

directora de la Escuela, en los años setenta. Brinati dictó clases, hizo coreografías (al mismo tiempo, mantuvo los vínculos con ciudades como Popayán, Manizales y Pereira, donde colaboraba con sus conocimientos) y luego desaparecería de nuevo. Hay tantas versiones acerca de su partida que su figura, su impronta y su elegante soledad lo convierten en un personaje digno de tener en cuenta para futuras investigaciones acerca de la historia del ballet en la capital del Valle del Cauca. Por su parte, mi madre, doña Luz Stella Rey de Romero, estudiaría en New York (Martha Graham, Ballet Arts, Dean Crane), y trabajaría como docente y coreógrafa de su compañía, el Ballet Contemporáneo. Luego se vincularía a la gestión cultural en la ciudad, sería directora del Teatro Municipal y posteriormente directora de la Feria de Cali hasta que, a finales de la década de los ochenta, quemaría sus naves caleñas para radicarse en Bogotá, primero como directora del Teatro Jorge Eliécer Gaitán y luego como directora del Teatro Colón.

Estoy seguro de que, gracias a ellos, a su obstinación, a su amor incuestionable por el mundo del arte y de la cultura, por su tenacidad y su firmeza, se sentaron las bases para que la Escuela del Ballet de Bellas Artes forjara sus cimientos y se convirtiera en el espacio mágico donde nos formamos como espectadores unos y como intérpretes otros. Sin ellos, sin su callada dedicación, es muy probable que los destinos de la danza en Cali hubiesen sido hartamente distintos.



MEMORIA(S) DE PAPEL

En la fotografía: Adolfo Mejía, Pilar Méndez, Francia Helena Orozco, Cristina Correa, Amanda Rivera. Archivo Luz Stella Rey.

